

Los imperativos de la política de Rusia en América Latina

Dmitry Razumovskiy

El tema de los imperativos de la política rusa en América Latina es foco del interés en los últimos años. En los países occidentales, así como en América Latina, la política de Moscú, a menudo, se define con el término de “expansión”. El siguiente documento, considera que tal modo de entender las cosas no hace más que distorsionar la situación real.

En este capítulo se intenta explicar, de manera breve y concisa, los principios y los enfoques de la política de Rusia hacia América Latina. Se profundiza, además, el análisis sobre cómo los cambios en la política reflejan la evolución del pensamiento conceptual de Rusia en general, y, en particular, su visión de la región latinoamericana

Sin embargo, el trabajo no pretende ser una fuente exhaustiva y pormenorizada respecto a la actuación de Rusia a escala global, sino que ofrece el concepto general de su política exterior. El criterio fundamental reside en que actualmente la política rusa se basa en el pragmatismo, dejando de lado los aspectos netamente ideológicos. Esto no significa que la política ha pasado a ser de carácter cínico y coyuntural. Cabe decir, que incluso en la época soviética, cuando la ideología predominaba en todos los ámbitos, hubo casos en los que prevaleció el pragmatismo. Así, la URSS mantuvo vínculos de cooperación con los regímenes militares reaccionarios que gobernaban en Argentina y en Brasil, ya que de por medio había oportunidades económicas que Moscú simplemente no podía desaprovechar. Pese a ello, hay que reconocer que hasta cierto punto se preservan y se hacen sentir, a veces, concepciones de índole ideológico en nuestros quehaceres políticos. En mucho, este fenómeno viene de antes, como un legado del período soviético.

Lo anterior no es ajeno al eje latinoamericano de la agenda política de Moscú. No se trata exclusivamente de la inercia en los enfoques y en los pasos prácticos. El problema es más hondo y amplio, tiene doble filo. Se debe tener presente que Rusia es percibida como heredera de la URSS. Eso es importante, ya que el interés por Rusia en la región

latinoamericana surgió precisamente durante el período del giro a la izquierda. A su vez, Rusia no siempre fue el país que buscaba nuevos aliados en América Latina; al contrario, en reiteradas ocasiones fueron en su búsqueda. Rusia no albergaba ningún tipo de proyecto o estrategia para el campo izquierdista, aparte de los objetivos generales de construir un mundo multipolar. Hasta mediados de la década de dos mil, América Latina se hallaba muy a la zaga en la lista de las metas de la política exterior de Moscú. Sin embargo, cabe señalar que el acercamiento con la izquierda latinoamericana ha sido útil para Rusia al darle la oportunidad de mostrar su peso y sus capacidades a los Estados Unidos.

América Latina tenía su importancia para la URSS dentro de la lógica propia de la Guerra Fría, es decir, en las condiciones de confrontación político-ideológica a escala global. Este modo de pensar y ver las situaciones en blanco y negro perdura, hoy día, en la región latinoamericana. En la opinión del autor, en los años dos mil a Rusia no le importaban las orientaciones ideológicas de los países latinoamericanos; lo primordial eran sus relaciones con los Estados Unidos.

Rusia se acercó a los regímenes izquierdistas para hacerle ver a Occidente que no estaba sola y que contaba con aliados. El hecho de que Venezuela, Bolivia y Nicaragua reconocieron la independencia de Abjasia y Osetia del Sur, así como la incorporación de Crimea al territorio de Rusia, se hizo constar como un avance de la diplomacia rusa. La amistad con la izquierda latinoamericana no tiene nada de malo y, sin lugar a duda, constituye un considerable logro político de Moscú. Pero el paradójico hecho de que Rusia encontraba apoyo en la lejana América Latina, mientras carecía de dicho apoyo en el espacio postsoviético, mucho más vital para ella, dejaba al descubierto la debilidad del país.

En Rusia se produjo una ola de entusiasmo derivado de los sentimientos de nostalgia por los tiempos de la amistad cubano-soviético o chileno-soviético. Sin embargo, por razones obvias, no se pudo retomar al modelo de la época de Guerra Fría. El acercamiento de Rusia a los países donde gobernaba la izquierda tenía ciertos límites. Al darse cuenta de un fuerte componente ideológico en sus relaciones con la región, Rusia se esforzó por no sumirse en el “entusiasmo izquierdista”.

Un ejemplo de esto es el bloque ALBA. El hecho de que los aliados tradicionales de Rusia en la región (Venezuela, Nicaragua y Cuba) son miembros de esta asociación hizo imposible que Moscú ignorara su existencia. La posición de Rusia con respecto a esta alianza podría definirse como un intento de hallar un equilibrio entre la necesidad de mantener relaciones con importantes aliados estratégicos y el temor

de perjudicar las relaciones con los países del campo de la derecha de América Latina. En la Cumbre de ALBA, realizada en Caracas en noviembre de 2008, el presidente ruso, Dmitry Medvedev, inesperadamente para muchos, expuso sobre la posibilidad de adherir su país al bloque como miembro asociado. Se sabe que aquellas declaraciones fueron por iniciativa personal. Sin embargo, a pesar de estas manifestaciones han sido regulares en los últimos años, todavía no se han creado mecanismos apropiados para la cooperación entre las dos partes.

Al mismo tiempo, Moscú quiso mantenerse a distancia de los Gobiernos de derecha. Creada la Alianza del Pacífico, a Rusia le ofrecieron el *status* de observador en el nuevo bloque. Moscú declinó la propuesta, ya que entendía cómo lo percibirían sus “amigos” de izquierda. Tal equilibrio cuidadoso entre “amigos” y otros países, ha caracterizado la política exterior rusa no solo en América Latina, sino también en otras regiones, por ejemplo, Asia.

Los críticos del concepto de la política rusa hacia América Latina y otras regiones del mundo, aseveran que no somos amigos de los pueblos, sino de las *élites* gobernantes. Tal amistad, por un lado, facilita la solución de las cuestiones pendientes y permite pasar por alto las críticas provenientes de la sociedad y de la opinión pública. Pero también crea fuertes riesgos, dada la alternancia de las *élites* políticas en el poder.

La primera prueba de que la asociación estratégica con los gobiernos de izquierda puede sobrevivir al cambio en la orientación política se dio en Argentina, donde en las elecciones de diciembre de 2015 ganó la coalición de centroderecha liderada por Mauricio Macri, poniendo fin al prolongado gobierno de izquierda. Durante su campaña, Macri, hizo una serie de declaraciones hostiles en contra de la Federación Rusa. En aquel entonces, la mayoría de los expertos pronosticaban el fin del período de estrecha cooperación estratégica entre Rusia y Argentina. Sin embargo, los augurios pesimistas resultaron ser excesivos. La diplomacia rusa fue capaz de reconstruir las relaciones sobre la base del beneficio mutuo y del pragmatismo, relegando a un segundo plano muchos temas de la agenda política. Macri se dio cuenta, rápidamente, de los beneficios que acarrearía para Argentina la interacción económica con ese país.

Rusia se prepara a implementar un enfoque similar en sus relaciones con Brasil. Obviamente, las relaciones estratégicas de la época anterior, basadas en la similitud del entendimiento de los intereses del Sur Global y en el deseo de tener un mundo multipolar, se iban a terminar en la presidencia de Jair Bolsonaro. Sin embargo, Bolsonaro no hizo ninguna declaración ni a favor ni en contra de Rusia durante la campaña electoral. A su vez, Moscú se cuidó de hacer comentarios críticos sobre la controvertida actuación electoral del político. Los principales

temores de Rusia estaban relacionados con el futuro del BRICS; y aquí los brasileños han demostrado que están listos para evaluar, en forma prudente, los verdaderos intereses del país.

Estos dos ejemplos evidencian que es posible construir relaciones pragmáticas, sin base ideológica.

¿Qué es este nuevo pragmatismo? Se podría señalar dos aspectos. El primero es un nuevo enfoque del concepto de policentrismo o multipolaridad. En América Latina se suele usar el término “multipolaridad”. Al interpretar este término, en Rusia su traducción simple, sería como la palabra *мультиполярность*. Esto da lugar a un malentendido, porque en América Latina el concepto de multipolaridad es muy cercano a los términos “policentrismo” o “multilateralismo”.

Para los latinoamericanos, multipolaridad no significa un sistema de polos equivalentes, como en el sistema bipolar, sino que implica el derecho a la soberanía y el rechazo de acciones unilaterales, no solo de los Estados Unidos, sino también de China y Rusia. En Rusia se ha sobreestimado el grado en que coinciden nuestros enfoques en cuanto al concepto de “multipolaridad”. Muy buen ejemplo al respecto, es el hecho de que Ecuador se negó a reconocer la independencia de Osetia del Norte y de Abjasia. Moscú no pudo entender la razón por la cual este país, que estaba entre sus aliados, no quería apoyarla. La lógica del presidente Correa fue clara: ser aliados en construcción del mundo multipolar no significa dividir el mundo en dos campos: el de Rusia y el de los Estados Unidos. En esto se puede ver como la herencia de la Guerra Fría siguió incidiendo en la manera de pensar rusa.

Un segundo elemento: la política rusa en gran medida es coyuntural. No ofrece proyectos o iniciativas globales al mundo, como lo hacen los Estados Unidos o China. Por ende, no tiene un mensaje claro y definido para América Latina. El término “expansión rusa” carece de fundamento, ya que no puede haber expansión sin tal mensaje. La expansión siempre requiere alguna estrategia.

La falta de liderazgo hace que las posiciones globales de Rusia sean precarias, el país no juega ahora el papel de un polo de poder. Se destaca que la terminología en los debates y discursos sobre el orden mundial ha cambiado dentro de Rusia. Si se usaba, con frecuencia, el término “superpotencia energética”, que implicaba tener una fuerte influencia, igual a los Estados Unidos o China, hoy este término, prácticamente, ha desaparecido en Rusia. Ha sido reemplazado por el concepto de “poder soberano”, es decir, un país independiente, capaz de aplicar una política independiente. Está claro que el énfasis en la soberanía tiene un peso menor que el que conlleva el término superpotencia. Estas consideraciones terminológicas, en la opinión del

autor, reflejan el nuevo entendimiento de Moscú en cuanto al lugar de Rusia en el mundo. No se ha convertido en una superpotencia; pero esto conlleva sus efectos positivos, ya que abre nuevas oportunidades para la edificación de las relaciones más equitativas con países y regiones, América Latina incluida. Ahora el concepto de multipolaridad ruso tiene una mayor coincidencia con los enfoques latinoamericanos.

Probablemente, este cambio del pensamiento sobre el posicionamiento de los países en el sistema mundial sea consecuencia de la crisis económica global. Rusia no pretende crear una nueva agenda en la región, sino que trata de responder a las nuevas tendencias que han surgido y se desarrollan independientemente de su voluntad.

Por lo tanto, en este capítulo se introduce el término “pragmatismo adaptativo”. Quizás esta definición sea una evaluación prudente de las capacidades reales de nuestro país. Lo que necesita Rusia es menos idealismo y menos euforia basada en espejismos, dado que la realidad que hoy impera requiere más alianzas tácticas que se vayan creando conforme a situaciones concretas. El presidente ruso Vladimir Putin tiene más capacidades tácticas que vocación de estrategia y, consecuentemente, está más cerca de ese enfoque. La prueba fehaciente de ello, es la alianza táctica de Rusia con Irán en Siria, o el acercamiento con Arabia Saudita por el bien de los intereses comunes en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Tales alianzas, que no están ligadas a las ideologías, son posibles, también, en América Latina. Por ejemplo, Brasil es socio de Rusia dentro del BRICS, a pesar de las diferencias políticas. Una posible esfera de acercamiento de dos líderes podría sustentarse en los valores del conservadurismo que ambos comparten. Quizás, no serviría de base sólida para forjar una alianza estratégica, pero sí facilitaría entablar una cooperación de índole táctica en los asuntos de interés común.

Finalmente, vale la pena dedicar unas palabras al tema de cómo ve Rusia la situación actual en América Latina.

Es simbólico que el director del Departamento de América Latina del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia, Alexander Schetinin, declaró que necesitamos nuevos enfoques conceptuales para entender a Latinoamérica. Esta idea es muy oportuna, pero significa que, actualmente, Rusia carece de tales enfoques. El Gobierno ruso tiende a explicar la inestabilidad interna como resultado de conspiraciones e influencias externas; criterio que se aplicaba para evaluar lo que iba aconteciendo en América Latina. Según Moscú, las protestas masivas en Brasil, 2013, y en Venezuela, en 2019, fueron inspiradas, planificadas, y promovidas por los Estados Unidos.

En Rusia, de modo persistente, se ha negado a reconocer que la dinámica política es, ante todo, la consecuencia de procesos sociales internos. La obsesión con este enfoque lleva a percepciones equivocadas de lo que en realidad ocurre en la región. Por eso, la nueva ola de masivas protestas antigubernamentales que se llevaron a cabo en Ecuador, Chile y Colombia, a finales de 2019 dejaron perplejos y desconcertados a las autoridades rusas, sin saber cómo interpretar los hechos y cómo reaccionar.

La reacción oficial del Gobierno ruso ante las protestas recientes, es interesante y merece especial atención. En general, con la excepción de Bolivia, donde Moscú tradicionalmente vio una especie de conspiración preparada con antelación, Rusia se abstuvo de hacer comentarios sobre la situación que atravesaba la región. Prefirió limitarse a declaraciones oficiales donde hablaba de las protestas como asuntos internos de los países que no requerían de mayor preocupación.

Sin embargo, varios medios oficiales rusos justificaron la dura represión a los manifestantes en Santiago de Chile para, de este modo, justificar la brutal acción policial para dispersar las acciones de protesta que habían ocurrido en Moscú, en julio del año pasado. Conforme a su versión, si las protestas no son reprimidas en el inicio, la situación se sale de control, con consecuencias desastrosas como lo fue en Chile. Es decir, el tema de las protestas recientes en América Latina es aprovechado por Moscú con fines puramente propagandísticos para disuadir al ciudadano de salir a protestar contra las políticas gubernamentales.